



Yolanda Bedregal

Una sensibilidad

Esa siniestra facilidad para morir

... Y temblar es preciso mientras no hayamos podido curar
Esa facilidad siniestra para morir...

Estos versos de Hugo, escritos por los muertos de la Comuna pronto harán un siglo, yo me los repito al pensar en esos jóvenes y en esa joven que se arrojan a las llamas antes que aceptar el mundo tal y como se lo han dado hecho. Quizá sea esta la primera vez, en nuestra sociedad occidental que una inmolación voluntaria semejante abolea la moral del interés bien entendido, del sentido común, y la noción de adaptación al mundo tal cual es. Pero esa inmolación, ¿es voluntaria? Al igual que los cristianos cuando antaño se negaban a sacrificar a los ídolos, estos jóvenes han sentido, con razón o sin ella, que no tenían más elección que la de sacrificar a esos falsos dioses de avidez y de violencia en medio de los cuales consentimos vivir, o protestar con su muerte.

En cierto sentido no se equivocaban: no se vive sin verse implicado. "El mundo está ardiendo - dicen desde hace casi tres mil años los sutras budistas-, el fuego de la ignorancia, el fuego de la codicia, el fuego de la agresividad lo devoran". Unos niños en Lille, en París y hará unos meses en Provençe, han reconocido esa verdad que la mayoría de entre nosotros pasa toda la vida sin ver. Han salido de un mundo en donde unas guerras más radicalmente destructivas que nunca se instalan en medio de una paz que no es paz y que tiende demasiado a menudo a convertirse para el hombre y su entorno en algo casi tan destructivo como la guerra, de un mundo en donde los anuncios de restaurantes gastronómicos aparecen en los periódicos al lado de reportajes que nos hablan de pueblos muertos de hambre; en donde cada mujer con abrigo de pieles contribuye a la extinción de una especie viva; en donde nuestras locas ansias de velocidad agravan cada día la contaminación de un mundo del que dependemos para vivir; en donde todo lector ávido de novelas de la Serie negra o de sucesos siniestros, todo espectador de películas violentas, contribuye sin saberlo a esa pasión por matar que nos ha valido, en medio siglo, millones de ejecuciones. Esos niños, ¿tuvieron o no razón al dejar todo esto?

La respuesta dependerá, en definitiva, del cambio que en el corazón de los hombres haya producido su sacrificio. ¿podíamos nosotros impedirles realizarlo o, lo que aún es más importante, podemos impedir que en un futuro porvenir otros corazones puros tomen el mismo camino? Ante esta interrogación tan acuciante, preciso es admitir que ninguna de las acostumbradas razones que nosotros hubiéramos podido darles para que siguieran viviendo es lo bastante fuerte para retener a alguien que ya no soporta el mundo tal cual es. Y no sirve de nada decirles que los más hábiles o tal vez los más listos aún pueden arreglárselas en este caos en que nos encontramos o incluso extraer del mismo unas parcelas de felicidad o de triunfo personal, cuando aquello por lo que ellos mueren no es por su propia angustia, sino por la de los demás.

Creo que a ese sacrificio de monje budista, tan digno de admiración dentro de su horror, sólo podemos oponer lo que nos cuenta la tradición sobre el mismo Buda, quien, ya a punto de entrar en la paz, decidió permanecer en este mundo mientras hubiera una criatura viva que necesitara su ayuda.

Los que se fueron eran sin duda, los mejores: los necesitábamos. Acaso los hubiéramos salvado de haberles persuadido que su rechazo, su indignación, su desesperación incluso, eran necesarios, si hubiéramos sabido oponer a esa facilidad siniestra con que han muerto la heroica dificultad de vivir (o de tratar de vivir) de tal manera que consiguiáramos hacer del mundo un lugar menos escandaloso de lo que es.

1970

Marguerite Youecenar.



La obra literaria que dejó la escritora y poeta Yolanda Bedregal es el reflejo y testimonio de una personalidad en constante acción. Una personalidad rica, vallosa e intensa en su peculiar conocimiento de la vida.

La lectura de sus libros nos ofrece las coordenadas del trayecto de un cerebro y una sensibilidad de elevado alcance en un tiempo de limitaciones para la palabra y producción literaria femenina. Sin embargo, ese espacio y ese tiempo los supo abordar y conquistar, esta magnífica intelectual boliviana, desde una mirada interior personal íntima o desde la mirada que provoca un compromiso de conciencia social.

Nacida en la Paz. Desde muy tierna, dentro del seno paterno, estuvo en contacto con el arte, la literatura y la cultura en general. Estudió Bellas Artes e Historia del Arte en la Universidad de Columbia, Nueva York.

LAS DOS DIMENSIONES EN LA PALABRA DE YOLANDA BEDREGAL.

Quizá la práctica del lenguaje en el ejercicio docente, el trato con personas de diferentes edades y la comunicación diaria con alumnos de diversos colegios de nuestro sistema educativo o los de la Academia de Bellas Artes y el Conservatorio de Música la hizo desarrollar un aprendizaje de escritura donde la palabra transitaba entre dos destinatarios: los mayores y los niños. Ésta fue una habilidad y una virtud que muchos creen que no es nada fácil de conseguir y hasta se suele pensar que es una situación incompatible.

Su producción para adultos se traduce en una capacidad de crear intrigas y fábulas interesantes por su enfoque psico-social, como lo acredita "Bajo el oscuro sol" que fue premio de novela Erick Gutenttag 1970, donde la autora sin descuidar el estilo en la creación y exposición de la anécdota denuncia un tiempo de violencia y agresión social en un espacio donde se mueve personas con serios conflictos psicológicos que, dentro del andamiaje y estructura formal, son tratados con certeza y conocimiento.

SU CÍCLICA METÁFORA MARINA

De la misma manera, aquella su producción sostenida y de largo aliento dentro del género poético, en libros como: Almadra,

Ecos, Nadir, entre otros, en la atmósfera de su espiritualidad devuelve su historia personal con las contradicciones huida, duda, desce y finalmente, A continuación haremos un recorrido por la que transitó la temática: Yolanda Bedregal.

No en vano, ni por casualidad la poseía boliviana: Incluye algunos poemas que creemos preocupación espiritual y metafísica de la vida.

Sin lugar a duda sus versos elementos de la realidad y el tiempo.

A través de un lenguaje poético, metáforas y alegorías, encuentra el mar y todo su mensaje trasciende en voz testimonial de su necesidad de mandato de su amor a Dios religiosa y las urgencias de desceos mortales.

Así nos dice en "Holocausto":

Oh Cristo, yo quisiera,
Descalzar los espinos,
Darte mi adolescencia,
Alabándote en Salmos

.....

Y hundida entre la llaq
Fue tan grande y sincera
misma para sufrir y padecer
embargo no podía soslayar,
que llegaba de la realidad e

En el poema "Flujo", su voz
Temor que llega herida
otra vez en el pulpa de

.....

Fatal ya se presiente l
-mactza telaraña sobre
de abstruso pensamie
la pequeñez rebelde, l

Como sube la marea en c
al pensamiento y espíritu de
efímeros en esta vida terren
ansia de ser inmortales.

En "Reflujo" constamos q
das en aquellas urgentes n
humano, pegado a la tierra
una piel y víctima de un de:

"Baja la ribera inmóvil
desátame el enigma, t
solemnes a beberte, b
cuando el maligno abn

En el poema "Bajamar" t
profundo de su ser, su visió
traduce en una convicción d
a la sentencia de destitueg
tiempo.

"Por que no tiempo era
Colecando en cada ola
¿Por que resumo una
Venajo de la centuria?

En "Pequeña" se advierte
de armonizar espíritu y de lo